

de la Montaña, al capitán Tamisier, y le escoge para jefe de su Estado mayor. Mientras tanto, los Sres. Vatismenil y Berryer se habían acercado á las ventanas y arengaban á los grupos que, al tener noticia de la reunión de los representantes, habían rodeado la alcaldía dando algunos vivas á la Asamblea nacional. A pesar de aquellas manifestaciones, reinaba en las masas más curiosidad que simpatía. Casi nadie, entre el pueblo, conocía á Vatismenil, ni siquiera á Berryer; algunos los toman por Ledru-Rollin y por Michel de Bourges. Aunque dos jefes de batallón de la 10.^a legión se hayan puesto á la disposición del Parlamento, la guardia nacional permanece indiferente. A la puerta del edificio un piquete de infantería impide las comunicaciones. Unos treinta representantes que han llegado tarde no pueden juntarse con sus compañeros y se hallan en el patio ó en la calle, confundidos con la muchedumbre.

Y transcurría el tiempo. ¿Qué hacía mientras tanto la autoridad? Hasta entonces sólo se había visto un pequeño destacamento mandado al principio por un sargento y luego por un jefe de batallón: acababan de llegar un subteniente de cazadores y, casi al mismo tiempo, dos comisarios: pero todos parecían concertarse, vacilar, esperar instrucciones. ¿Por qué extraña tolerancia el poder dejaba subsistir aquella reunión sin dispersarla? ¿Por qué el envío de algunos soldados provistos de órdenes insuficientes? ¿Había retraso, indecisión, contraorden, mala inteligencia?

En el programa del golpe de Estado, no se había previsto una resistencia parlamentaria tan enérgica. Las primeras reuniones de la mañana habían parecido muy inofensivas é incapaces de comprometer el éxito final. En tal disposición, se había procurado evitar los rigores inútiles. El príncipe tenía gran interés en no molestar á los conservadores: esperaba reconciliarse con ellos algún día, y en tal confianza, no quería transformar en una ruptura irrevocable lo que á sus ojos no era más que un disenso pasajero. Fieles intérpretes de estas ideas, los agentes de Luis Napoleón habían afectado marcar la diferencia entre los parlamentarios y los Montañeses; llenos de atenciones para los primeros, reservaron para los segundos todas sus severidades.

A la primera noticia de la reunión del décimo distrito, creyóse que se trataba de un conciliábulo parecido á los celebrados en casa de Barrot y en casa de Daru, y los agentes del príncipe se contentaron con enviar unos cuantos soldados, pensando que los representantes se disolverían sin más resistencia que una pacífica protesta. Hasta más tarde no se supo que la Asamblea había reanudado en la décima alcaldía su mandato suspendido, que dictaba decretos, que había destituido al presidente y nombrado un comandante militar: medidas inejecutables sin duda, pero capaces de proporcionar al espíritu de hostilidad, en caso de divulgarse, un pretexto y un punto de apoyo.

Sólo entonces se comprendió que era preciso obrar sin pérdida de tiempo. El Sr. de Maupás, en uso de su derecho de requisición directa, invitó al general Forey, que mandaba las fuerzas de aquel distrito, á que se dirigiese con sus tropas hacia la décima alcaldía (1). Casi al mismo tiempo, el ministro de la Guerra, consul-

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 376.

tado por el general Magnán, daba órdenes parecidas. El general Forey no vaciló. Sus instrucciones le prescribían que disolviera la reunión, que dejase salir de la alcaldía á los representantes que no opusiesen resistencia alguna y que enviase los otros á la cárcel de Mazás. En vano los individuos de la mesa, el general Oudinot y el general Lauristón invocaron la Constitución, el artículo 68, la legalidad violada. «Somos militares y no conocemos más que las órdenes recibidas,» contestaron los oficiales y el propio general Forey. «¡Todos á Mazás!» exclamaron los representantes con unanimidad. Benoist-d'Azy, Vitet y otros declaran que no cederán más que á la fuerza y exigen que la policía ponga la mano sobre ellos. Pero el trayecto á pie hasta Mazas era largo y peligroso, y además no se disponía de coches suficientes. Por estas razones se acordó encerrar provisionalmente á los prisioneros en el cuartel del muelle de Orsay.

A las tres, la columna se puso en marcha. El aparato no era menos extraño que el de la sesión que acababa de celebrarse. Los representantes marchaban entre dos hileras de soldados. Estos, agentes hoy de Luis Napoleón, eran cazadores de Vincennes, los mismos que, tiempo atrás, habían sido organizados por los príncipes de Orleans. Mandaba las tropas el general Forey, que había sido recientemente el brazo derecho de Changarnier, de Changarnier ahora proscrito. En el cortejo había diputados de todos matices, ayer adversarios, hoy unidos y destinados de nuevo á separarse mañana, pues algunos, y no de los menos fogosos, habían de pasarse más tarde al Elíseo. Los oficiales procuraban conciliar las necesidades de la consigna con las consideraciones debidas á semejantes proscritos. Los sargentos, excitados, casi insolentes, se mostraban poco dóciles á la voz de sus jefes. En cuanto á los soldados, su sorpresa era extrema: algunos de ellos, en su ignorancia, se figuraban escoltar á los representantes, no para custodiarlos, sino para hacerles honores. A los lados del cortejo se apiñaba una muchedumbre estupefacta. De ella salía algún grito de «¡viva la Asamblea nacional!» No faltaban gentes que señalasen con malevolencia á los diputados de la derecha, y pensando en la súbita desgracia de los que tenían por enemigos del pueblo, se consolaban ya de la libertad perdida.

Llegaron de este modo al cuartel del muelle de Orsay. Habiéndose agrupado los representantes en el patio, uno de los secretarios de la Asamblea pasó lista: doscientos diez y ocho diputados, según unos; doscientos veinte, según otros, respondieron al llamamiento. La llegada de algunos retrasados aumentó la lista; entre estos últimos figuraban Bixio, Víctor Lefranc y Valette, el eminente profesor á quien tantas generaciones conocieron. Como pusieran dificultades para admitirlo en el número de los prisioneros, exclamó: «Reuno, sin embargo, dos títulos para que me prendan, pues soy á la vez representante del pueblo y profesor de derecho.»

La resistencia legal quedaba vencida. Mientras la representación nacional sucumbía, los magistrados del Tribunal supremo, á quienes la Constitución confiaba el cargo de decretar la acusación del presidente de la República, en caso de perjurio, y convocar al jurado superior, se veían disueltos y eran dispersados antes de haber podido desempeñar las primeras formalidades judiciales. No habían firmado aún el decreto de informa-

ción cuando una compañía de guardia republicana penetró en la sala de sus deliberaciones é interrumpió violentamente el ejercicio de su mandato. De este modo eran derribadas todas las barreras que la Constitución había opuesto á la ambición del príncipe. Quedaba la resistencia por medio de las armas. ¿Cuál fué la suerte de los llamamientos á la insurrección? Lo va á decir la continuación de este relato.

III

En nuestro país casi todas las revoluciones han seguido la misma marcha. Prepáranse con mucha anticipación, y todo el mundo está alerta, excepto el poder que, contando con sus propias fuerzas, se deja coger desprevenido. El día de la crisis, la prensa, con sus artículos ó sus carteles, atiza la sedición. La guardia nacional sonríe al motín ó lo combate tan débilmente que le da alientos. El ejército, sin recibir órdenes, indeciso, atraído por el espíritu de novedad, lucha con energía decreciente hasta que cede al fin, llevándose con ella la última esperanza de la resistencia. Así se había consumado la revolución de 1848.

En 1851 el estado de cosas era muy diferente. El jefe de Estado había elegido su hora y cogía á sus adversarios desprevenidos, en vez de ser cogido por ellos. El 2 de diciembre, muy temprano, fueron ocupadas militarmente las imprentas y cerradas las oficinas de los periódicos revolucionarios. Los órganos del Elíseo, *La Patria*, *El Constitucional*, eran casi los únicos que, con *El Monitor*, tenían la palabra. Las gacetas independientes habían obtenido el permiso de salir con la condición de publicar las noticias sin comentarios. En cuanto á la guardia nacional, se recordará que el gobierno había puesto, hacía poco, al frente de ella un nuevo comandante en jefe, el general Lawestine, y un nuevo jefe de Estado mayor, el Sr. Vieyra; ambos tenían por instrucciones el impedir que ningún ciudadano saliese con armas y de uniforme. La entrevista confidencial del príncipe con Vieyra, en la noche anterior, no había tenido más objeto que confirmar esta recomendación (1). Para mayor precaución y para impedir que batiesen llamada, se habían quitado ó roto los tambores. Los campanarios estaban custodiados para que no se pudiese tocar á somatén. Y el ejército, ganado de antemano, era inaccesible á los halagos que en otras ocasiones lo habían turbado ó seducido. Luis Napoleón salió por la mañana y fué aclamado por la tropa. Sin embargo, las aclamaciones de los soldados contrastaron, por su calor, con la indiferencia asombrada del resto de la población. ¿Y por qué habían de sublevarse los jefes de barricadas, los demagogos de profesión, los revoltosos? ¿Porque Thiers y Changarnier estaban presos? ¿Si éstos eran los jefes de la derecha! ¿Porque la Asamblea había sido disuelta? ¿Si era una Asamblea reaccionaria! ¿Porque la ley de 31 de mayo quedaba revocada? ¿Si esta ley mutilaba el sufragio universal! Es más: se prometía el mantenimiento de la República. ¿Dónde estaba, pues, el pretexto ó la urgencia de una toma de armas?

(1) El doctor Véron, *Mémoires d'un bourgeois de Paris*, tomo V, pág. 247.

Los representantes de la Montaña trataron, sin embargo, de entablar esta lucha sin esperanza.

Hemos visto que algunos de ellos se reunieron por la mañana en casa de Lefranc y en casa de Iván. Algo más tarde celebróse otra reunión más numerosa en casa de Coppens. Unos querían dar inmediatamente la señal de la resistencia; otros se inclinaban á esperar que el movimiento de la opinión se acentuase. A las dos abrióse un nuevo conciliábulo en casa de Bonvalet, bulevar del Temple. Michel de Bourges, que seguía contando con el pueblo, «ese centinela invisible, protector de la legalidad,» trató de arengar á los grupos. El «centinela invisible» no pareció; en cambio pareció la policía, que hizo callar al orador y dispersó á los manifestantes. A la caída de la tarde, los Montañeses se reunieron en casa de Beslay, calle de la Cerisaie. Por la noche trataron de celebrar otra reunión en el local de la Asociación de obreros ebanistas, calle de Charonne: cerrado este local, se refugiaron ya muy tarde en casa de Lafón, muelle de Jemmapes, y luego en casa de Cournet, en Popincourt.

Todos estos conciliábulos ofrecieron el mismo carácter. Con los representantes se mezclaban antiguos constituyentes, refugiados extranjeros, obreros del barrio, algunos guardias nacionales y gente desconocida, entre la cual se introducían agentes de la policía secreta. Reinaba la mayor confusión. Unos proponían erigirse en Convención, otros diseminarse por la ciudad propagando la resistencia. Las preguntas se cruzan, ansiosas y apremiantes. ¿La guardia nacional toma las armas? ¿Hay agitación en los arrabales? Tratan de hacer imprimir carteles excitando á la rebelión, y sobre todo una reciente proclama de Víctor Hugo. Pero ¿dónde encontrar imprentas? Los más celosos se ofrecen á buscarlas; pero resultan vanas casi todas las diligencias. La autoridad ha tomado tan bien sus medidas, que los obstáculos y el temor paralizan las abnegaciones. Mientras tanto, algunos sacan febrilmente copias manuscritas. Créase un *Comité de resistencia*, compuesto de Víctor Hugo, Michel de Bourges, Carnot, Favre, Madier de Montjau, Flotte y Schœlcher, comité denunciado casi en seguida y reducido de antemano á la impotencia. Las horas transcurren en medio de ardientes y estériles preocupaciones. De vez en cuando alguien anuncia la proximidad de la fuerza pública. Todos se dispersan entonces y corren en busca de un nuevo asilo, asilo no menos precario que el que acaban de dejar. Mientras tanto, la ciudad conservaba su fisonomía habitual: los teatros, los cafés, los comercios todos estaban abiertos; los omnibus y los coches circulaban; los transeúntes, indiferentes, atendían á sus negocios ó se entregaban á sus placeres. Así concluyó la jornada del 2 de diciembre (2).

Sin embargo, en uno de los conciliábulos de la noche, los representantes habían resuelto diseminarse á la mañana siguiente por el arrabal de San Antonio y, á pesar de todas las apariencias contrarias, tentar un esfuerzo para sublevarlo. A este fin se habían citado en

(2) V. Hugo, *Histoire d'un crime*, tomo I, págs. 52-60, 147 y siguientes. Schœlcher, *Les crimes de décembre*, tomo I, páginas 183 y siguientes. Javier Durieu, *Le coup d'Etat de Louis Bonaparte*, págs. 23 y siguientes. Carlos Beslay, *Mes souvenirs*, página 241.

uno de los cafés socialistas del barrio, el café de los Pueblos, conocido con el nombre de Salón Roysin. El 3 de diciembre, á eso de las ocho, algunos representantes de la Montaña, algunos ex constituyentes y algunos periodistas se encaminaron hacia el sitio designado. No eran muchos, quince ó veinte á lo sumo. Afirmóse más tarde que se había comprendido mal la hora de la cita; muchos consideraban aquella toma de armas prematura ó inútil, y eran más todavía los que estaban más dispuestos á ofrecer á la insurrección un concurso moral ú oratorio que á exponer su vida. Una vez en el corazón del arrabal, los representantes y sus amigos pudieron convencerse de la inanidad de sus intentos. En casi todas las esquinas los carteles del golpe de Estado permanecían intactos. Los obreros se hallaban estacionados á las puertas de sus casas, tristes, pero tranquilos. «No tenemos armas, decían; se nos desarmó en 1848.» Estas últimas palabras ocultaban un reproche, pues varios de los que ahora les invitaban á la lucha habían abogado entonces por la represión. «Queréis, pues, el Imperio,» insistían los representantes. Los obreros bajaban la cabeza, recordando las pasadas insurrecciones, las jornadas de Junio, el espantoso bombardeo, sus casas deterioradas por los proyectiles, su población diezmada. Todo contribuía á desconcertar el espíritu de resistencia. Al amanecer habían visto pasar, escoltados por lanceros, tres carruajes que conducían representantes á Vincennes: representantes de la derecha. ¿Era cosa de comprometerse por ellos? Y ellos mismos ¿deseaban por ventura que los libertasen? Estando libres, sin duda hubieran desaprobado la insurrección.

A pesar de tantos indicios desfavorables, los representantes no podían consentir en retirarse sin combate. Salieron del salón Roysin, se diseminaron por el barrio y multiplicaron sus llamamientos á las armas. Formóse un grupo de un centenar de hombres que empezaron á levantar una barricada en la encrucijada de las calles del Faubourg de San Antonio, de Cotte y de Santa Margarita, valiéndose principalmente de un par de carros y de un ómnibus que volcaron. El desarme de dos pequeños cuerpos de guardia proporcionó unos cuantos fusiles. La barricada era débil y no cerraba siquiera toda la anchura del arroyo; además se hallaba mal provista de defensores, y aun éstos vacilaban, más dispuestos á retirarse que á emprender la lucha. Pero esto nada importaba; lo que querían era sacudir la inercia del arrabal y dar á los habitantes un ejemplo que seguir.

En la plaza de la Bastilla se hallaban estacionadas numerosas tropas á las órdenes del general Marulaz. Al primer aviso de aquella intentona insurreccional, tres compañías del 10.º ligero, mandadas por el jefe de batallón Pujol, subieron por la calle del Faubourg de San Antonio con orden de vencer todas las resistencias. A la vista de la fuerza pública, la mayor parte de los manifestantes se retiraron. «No tenemos ganas de sacrificarnos por los *veinticinco francos*, decían aludiendo al salario de los diputados. — Vais á ver cómo se muere por *veinticinco francos*,» contestó Baudin (1). Quedaron sólo unos quince hombres, entre los cuales había ocho representantes: Baudin, Bruckner, Flotte, Dulac, Maigne, Malardier, Schœlcher y Brillier.

(1) Schœlcher, *Les crimes de décembre*, tomo I, pág. 204.

Mientras tanto, los soldados se acercaban en silencio, y ya no estaban más que á un centenar de metros de sus adversarios. Baudin permaneció en la barricada con los pocos defensores que no habían huído. Los otros siete representantes avanzaron hacia el destacamento, y dirigiéndose al capitán que iba al frente de la tropa, le hicieron señas de que se detuviese y procuraran hacerle desistir de su resolución, recordándole la Constitución violada. «Retiraos, ó mando hacer fuego,» contestó el oficial. Como los montañeses insistieran, los soldados les hicieron apartar, pero sin violencia. Militares y paisanos se interpearon mutuamente, invocando los primeros la disciplina y los segundos la legalidad. Un incidente precipitó el desenlace. Habiendo un soldado tocado con la bayoneta al representante Schœlcher, no para herirlo, sino para apartarlo, los combatientes de la barricada creyeron que se trataba de una agresión é hicieron fuego. Un cazador del 19.º ligero fué herido mortalmente. En seguida la tropa contestó con una descarga, y dos de los defensores de la barricada cayeron para no volverse á levantar: el uno era un joven cuyo nombre se ignora; el otro era Baudin, Baudin, á quien la democracia honró más tarde como á un mártir. Los demás paisanos combatientes se dispersaron; la barricada fué tomada, y las tropas, enfilando las calles de Cotte y de Santa Margarita, continuaron su marcha á través del arrabal, silencioso, aterrado é impotente (2).

Conciliábulos sin resultado, la formación de un comité insurreccional que no sabía donde reunirse, un levantamiento en armas valeroso, pero desesperado, en el barrio de San Antonio, tal era, en 3 de diciembre, á eso de las diez de la mañana, el estado de la resistencia.

A pesar de tan triste situación, hubo en aquella jornada del 3 de diciembre como un momento de detención en la fortuna del presidente.

Los arrabales se obstinaban en su inacción: todas las excitaciones se perdían en la indiferencia general. En cambio, los barrios del centro manifestaban alguna irritación. Formáronse grupos cerca de la puerta de Saint-Denis. La noticia de la muerte de Baudin encolorizó al pueblo. En las calles de Rambuteau, Saint-Martin, Greneta, Beaubourg, Transnonain y Temple se empezaban á construir barricadas. Acá y acullá aparecían algunos hombres armados. No se notaba ninguna dirección ni ningún plan general, sino una serie de esfuerzos individuales. Al estupor de la víspera había sucedido el deseo de protestar. No era todavía un motín, pero era ya una sedición que se anunciaba. El pueblo vacilaba en sublevarse, pero se resistía á someterse. «Dejemos que los soldados se cansen, se murmuraba entre los grupos, dejemos que se gasten durante dos ó tres días, y luego veremos.» En los barrios ricos, al Oeste de la ciudad, la agitación no era menos viva, aunque se revelaba en forma algo diferente. Cerca del mediodía formáronse numerosos grupos en la plaza de la Bolsa. Pronto los bullevares se llenaron de gente. El gentío era sobre todo compacto en el bulevar Montmartre y á la altura de la Chaussée d'Antin. Era un gentío elegante, casi tan zumbón como irritado. Circulaban burlas de toda clase con-

(2) Schœlcher, *Les crimes de décembre*, tomo I, págs. 190-206. Parte del general Magnán sobre los sucesos de diciembre de 1851.

tra el presidente. Los agentes ó cómplices del golpe de Estado eran despreciados: nadie quería creer en el éxito de tan loca empresa; recordábase todo lo que en la historia del príncipe se prestaba al ridículo ó daba una pobre idea de su criterio. Hacíanse esfuerzos para sublevar el espíritu público contra Luis Napoleón, como si se le hubiese querido tener en jaque, no combatiéndole, sino haciendo el vacío en torno de él.

El presidente y sus amigos no eran hombres para

A la caída de la tarde creció la agitación. Un bando del general Saint-Arnaud decretó que todo individuo cogido en el acto de construir una barricada ó con las armas en la mano sería fusilado. El prefecto de policía, por su parte, anunció que todos los grupos serían dispersados por la fuerza. Estos rigores parecieron inspirar más irritación que miedo. A despecho de la policía, fijábanse en las esquinas numerosos llamamientos á las armas. Estos carteles, unos manuscritos y otros impre-



Muerte del diputado M. Baudin

hacerse ilusiones sobre aquellos nuevos síntomas. Sentíanse rodeados, no de la reprobación abierta, sino del aislamiento. Las visitas eran raras en el Elíseo: llegaban algunas adhesiones, pero timidas y casi avergonzadas. Luis Napoleón, que había salido dos veces á la calle el 2 de diciembre, no se dejó ver el día siguiente, como si hubiese temido una frialdad casi hostil. La constitución del ministerio era laboriosa. Contra lo que se esperaba, el *Monitor* del 3 de diciembre no dió todavía á conocer la composición del nuevo gabinete. Las abnegaciones se reservaban, y los honores, que pronto habían de buscarse á costa de tantas intrigas, parecían entonces más peligrosos que envidiables. Habíase creado una *Comisión consultiva*, y, al publicarse sus nombres, varios de los vocales protestaron contra aquella dignidad que les parecía una injuria; y la autoridad, á fin de no proclamar su propio descrédito, se veía reducida á no consignar las protestas. Al decir de los historiadores más favorables al príncipe, ciertos personajes ofrecieron su apoyo, lo negaron y volvieron á ofrecerlo, según que los rumores de resistencia aumentaban ó disminuían (1).

(1) Véron, *Mémoires d'un bourgeois de Paris*, tomo V, página 258.

so, contenían, ya una proclama de Victor Hugo declarando á Bonaparte fuera de la ley; ya una excitación al ejército; ya manifestos de los periodistas, del *Comité central de las corporaciones* y de la *Sociedad de los proscritos*. Hacíase circular una pretendida sentencia del Tribunal Supremo, que declaraba á Bonaparte reo de traición y convocaba al alto jurado nacional (2). Además abundaban las noticias falsas; noticias que eran acogidas con tanta mayor credulidad cuanto más desfavorables eran para el príncipe. Decíase que algunas ciudades, como Reims, estaban en poder del pueblo y se disponían á enviar sus contingentes á París. Excesivamente impresionado por los informes de sus agentes, el Sr. de Maupás enviaba partes alarmantes al ministerio del Interior; señalaba algunas intentonas de rebelión en las inmediaciones de la Escuela de Medicina: temía un golpe de mano en Mazás y hasta una agresión contra la prefectura de policía (3). En los bulevares las patrullas y las cargas de caballería dispersaban los grupos, que volvían á formarse luego en las aceras. En el barrio del

(2) El Tribunal Supremo no había decretado más que una información. (Véase el último párrafo del capítulo anterior.)

(3) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, págs. 432 y siguientes.